

Sergio Luzzatto es profesor de historia en la Universidad de Turín. Este artículo se publicó en Corriere della Sera, 6 febrero 2007

## El caso Ariel Toaff. El fundamentalismo hebraico en las tinieblas del Medioevo

Sergio Luzzatto

Trento, 23 de marzo de 1475. Vigilia del Pesah, la Pascua hebrea. En la habitación-sinagoga de un judío de origen alemán, el prestamista de dinero Samuel de Nurenberg, es encontrado el cuerpo torturado de un niño cristiano: Simonino, de dos años, hijo de un modesto curtidor. La ciudad se encuentra bajo shock. Único consuelo, la investigación avanza con rapidez. Según los inquisidores, han participado en el rapto y en la muerte de la «criatura» los hombres más considerados de la comunidad judía local, implicando también además a las mujeres en un macabro ritual de crucifixión y de ultraje del cadáver. Incluso Moisés «el Viejo», el judío más respetado de Trento se ha burlado del cuerpo colgado de Simonino, como para mofarse de una renovada pasión de Cristo. Encarcelados en el castillo del Buen Consejo y sometidos a tortura, los judíos se confiesan responsables del horrendo delito. Entonces, respetando el guión de análogos castigos ejemplares, los culpables son condenados a muerte y ajusticiados en la plaza pública.

Durante demasiados siglos de la era cristiana, desde el Medioevo hasta el siglo XIX, los judíos se han visto sometidos a la acusación de infanticidio ritual, de suerte que esas acusaciones acabaron apareciendo a la conciencia moderna como el parto de un antisemitismo obsesivo, virulento, feroz. Únicamente la tortura –se pensaba– podía empujar a unos tranquilos cabezas de familia israelitas a confesar el haber matado a niños de los gentiles: haciendo seguir al homicidio no sólo la crucifixión de las víctimas, sino además prácticas de canibalismo ritual, esto es, el consumo de la joven sangre cristiana con finalidades mágicas o terapéuticas. ¡Imposible creer seriamente que la Pascua hebrea, que conmemora el éxodo de los judíos de la cautividad de Egipto, celebrando su libertad y prometiendo su redención, viniera regada con la sangre de un *goi katan*, de un «pequeño cristiano»! Más que nunca, después de la tragedia de la Shoah, es comprensible que la «acusación de la sangre» se haya convertido en un tabú. O más aún, que haya aparecido como la mejor prueba no de la perfidia de los imputados, sino del racismo de los jueces.

Así, al día de hoy, solo un gesto de inaudito coraje intelectual podía permitir reabrir todo el dossier en base a una pregunta tan precisa como delicada: cuando se evoca todo esto –las crucifixiones de niños en la vigilia del Pesah, el uso de sangre cristiana como ingrediente del pan ácimo consumido en la fiesta– ¿se habla de mitos, esto es, de antiguas creencias e ideologías, o más bien se habla de ritos, esto es, de acontecimientos reales y precisamente ordenados por los rabinos? Ahora el gesto de valentía ha sido realizado. La inquietante pregunta ha sido planteada a las fuentes de la época por un historiador perfectamente equipado para hacerlo: un experto en la cultura alimentaria de los hebreos, con

sus preceptos religiosos y hábitos gastronómicos, y también en la peripecia entrelazada del imaginario judío y del imaginario antisemita. Italiano, pero desde hace años profesor de historia medieval en Israel, Ariel Toaff acaba de enviar a las librerías a través de la editorial Il Mulino un volumen fuerte y grave ya desde el título, *Pasque di sangue*. Magnífico libro de historia, este es un trabajo demasiado serio y meritorio, para que se griten sus cualidades como en una parada de mercado. Sin embargo, también hay que decir que *Pasque di sangue* propone una tesis original y, de alguna manera, desconcertante. Sostiene Toaff que desde 1100 hasta alrededor de 1500, en la época comprendida entre la primera cruzada y el otoño de la Edad Media, algunas crucifixiones de «chiquillos» cristianos –o quizás muchas– ocurrieron de verdad, dando lugar a la represalia contra enteras comunidades judías, a la masacre punitiva de hombres, mujeres, niños. Ni en Trento en 1475, ni en ningún otro lugar en la Europa tardo-medieval, los judíos fueron siempre víctimas y en todo caso inocentes. En una amplia área geográfica de lengua alemana comprendida entre el Rin, el Danubio y el Adige, una minoría de askenazíes fundamentalistas realizó verdaderamente, y muchas veces, sacrificios humanos. Moviéndose con extraordinaria pericia por los terrenos de la historia, de la teología, de la antropología, Toaff ilustra el lugar central de la sangre en la celebración de la Pascua hebrea: la sangre del cordero, que celebraba la liberación de la esclavitud de Egipto, pero también la sangre del prepucio, proveniente de la circuncisión de los varones recién nacidos de Israel. Era sangre que un pasaje bíblico decía que había sido derramado por primera vez precisamente en el Éxodo por el hijo de Moisés y que cierta tradición ortodoxa consideraba que era la sangre de Isaac, a quien Abraham estaba dispuesto a sacrificar. Por eso, en la cena ritual del Pesah el pan de las ácidas solemnes era amasado con sangre en polvo, mientras que otra sangre dejada secar era disuelta en el vino antes de recitar las diez maldiciones de Egipto. ¿Qué sangre podía resultar más adecuada para esa finalidad que la de un niño cristiano muerto para la ocasión, se preguntaron los más fanáticos entre los hebreos estudiados por Toaff? He aquí la sangre de un nuevo Agnus Dei a consumir con una finalidad augural, de manera que precipitara la ruina de los perseguidores, malditos secuaces de una fe falsa y mentirosa. Sangre nueva, buena para vengar los terribles gestos de desesperación –los infanticidios, los suicidios colectivos– a los que los judíos de la zona alemana habían sido forzados muchas veces por la odiosa práctica de los bautizos forzados, que la progenie de Israel veía que se les imponía en nombre de Jesucristo. Además de este valor sacrificial, la sangre en polvo (humana o animal) tenía para los hebreos las más variadas funciones terapéuticas, hasta el punto de inducirlos, con el consentimiento de los rabinos, a desafiar la prohibición bíblica de ingerirla bajo cualquier forma. Según los dictámenes de una Cábala práctica transmitida durante siglos, la sangre servía para aplacar las crisis epilépticas, para estimular el deseo sexual, pero principalmente servía como potente hemostático. Contení las hemorragias menstruales. Detenía las epistaxis nasales. Sobre todo, cicatrizaba instantáneamente en los recién nacidos la herida de la circuncisión. De aquí la aparición, en el siglo xv, de un mercado negro en ambas vertientes de los Alpes, un ir y venir de judíos vendedores de sangre humana: con sus bolsas de piel con el fondo restañado y con muchos certificados rabínicos del producto, sangre «kosher»... Hace ya veinte años que se publicó un pequeño libro del añorado Piero Camporesi, *Il sugo della vita* (Garzanti), dedicado al simbolismo y a la magia de la sangre en la civilización material cristiana. Allí se encuen-

tran ilustradas las formas en que los católicos italianos de la Edad Media y de la época moderna reciclaban sangre con finalidades terapéuticas o nigrománticas: como la sangre gloriosa de las místicas, que se sumaba al polvo de cráneos de los ahorcados, al destilado de los cuerpos de los suicidas, a la grasa de carne humana, entre otros muchos portentos de la medicina popular. Con sus «pascuas de sangre», los fundamentalistas del hebraísmo askenazí ofrecieron su propia interpretación –desesperada y feroz– de un análogo género de prácticas. Pero pagaron un precio enormemente más alto ■

□ Traducción de Rafael Tomás

Umberto Eco es escritor.  
Artículo publicado en  
L'Espresso, 21 febrero 2007

## El caso Ariel Toaff. Comer niños

Umberto Eco

En la «Crónica de Nurenberg» (donde se registran los hechos más importantes ocurridos en el mundo hasta 1493) hay un grabado dedicado al martirio de San Simonino, el niño asesinado por motivos rituales por los judíos en Trento y posteriormente convertido en objeto de culto popular, hasta que el papa Pablo VI decidió que aquello era una leyenda carente de todo fundamento histórico. Ahora ha aparecido un libro (y de un israelí), en el que se demuestra que el asunto de los judíos que mataban a niños cristianos no está privado de fundamento y, como es natural, se ha desencadenado un gran debate.

Digo de inmediato que no tengo autoridad historiográfica para dictaminar si las fuentes usadas por el autor son fiables y que la cuestión no me perturba especialmente, porque siempre han existido en el transcurso de los siglos personajes que incumben, más que a la historia de las religiones, a la de la psiquiatría, los cuales se han dedicado a cultos más o menos satánicos, incluyendo algunos hijos de buenos cristianos del valle del Po que recientemente, con la excusa de Satanás, han matado a amigos suyos y, por lo tanto (así como existen locos criminales italianos, franceses o malayos) no es inverosímil que hayan existido locos criminales judíos. Sin embargo, lo que me interesa son algunos recuerdos míos de lecturas.

En el «Arte poética» Horacio habla de lamias que se comen a los niños y después restituyen sus cuerpos aparentemente intactos, pero internamente vaciados. Ovidio cuenta en los «Fastos» sobre mujeres-pájaro que desangraban a los niños. En el Edicto de Liutprando (727 d.C.) se consideraba a las brujas como demonios dedicados a raptar niños para chupar su sangre. En cuanto a los judíos que comen niños, he aquí uno de los relatos de Chaucer (siglo XIV), en el que un seráfico muchacho que atravesaba el barrio de los Judíos cantando alegremente «O alma Redemptoris Mater», suscita la rabia de los malva-